

con toda la decisión al mismo tiempo de que es capaz la fidelidad.

—¡Otra vuelta!—dijo Elvira al paje, que cerraba ya por defuera. Así: adiós. Si mi esposo viene, él tiene otra llave. ¡Yo os doy gracias, Dios mío,—añadió postrándose con cristiano fervor;—yo os doy gracias, Señor, por el peligro de que me habéis librado!

Apenas había acabado de decir estas palabras cuando se dejó sentir en la parte de afuera de su habitación un rumor, extraño ciertamente á aquellas horas y en aquel sitio tan solitario.

—¿Qué oigo, Dios mío? ¿Qué oigo?

—¡Elvira!—dijo una voz que así parecía bajar del cielo como salir de una profunda cueva.

—¡Elvira!
—¿Quién me llama?—añadió la asustada dama corriendo hacia la puerta para asegurarse de que estaba bien cerrada.

—¡Macías!—respondió la voz sordamente, y resonaron dos ó tres golpecitos dados con cierto misterio é inteligencia.

—¡No le ha encontrado el paje!—exclamó Elvira.—¡Ah! si Hernán... Oid... doncel... Nadie responde... y el ruido continúa. ¡Cielos! no es aquí: no es en la puerta. ¿Dónde, pues, dónde? Aquí,—exclamó llegando á la ventana,—en esta parte están. ¿Qué intentan? Esta reja se abre; pero la llave... la llave debe tenerla el alcaide del alcázar... ¡La abren, Dios mío!—continuó escuchando con la mayor ansiedad.—Huid, huid, quien quiera que seáis.

—¡Bien mío!—respondió el doncel abriendo completamente la reja y dando con su espada en la madera, que quedaba cerrada todavía.

—¡Ah, es él, es él! yo soy perdida. Yo misma me he encerrado,—gritó Elvira arrojándose sobre un sillón al tiempo mismo que la madera, destrozada por los furiosos golpes del doncel, cedía á su irresistible fuerza.

—Yo soy, Elvira, yo soy,—dijo Macías arrojándose á los pies de su amante.—Mil obstáculos he tenido que vencer; no pensé alcanzar á la altura de esa reja, que he debido escalar con la espada en la boca. Ya estoy, en fin, aquí, bien mío, y á tus plantas.

—¡Ah! no; salvaos por piedad, y salvadme á mí. Macías, cada palabra que hablamos es una palabra de abominación; el tiempo es precioso y le perdemos.

—¿Perderle yo á tu lado?

—Cesa ya, y parte.

—¿Me llamas, señora, para escuchar de nuevo tus rigores?

—¿Yo os llamé, Macías?

—¿Qué escucho?—dijo levantándose.— ¿Cuya es, pues, esa letra?

—¿Esa letra? ¡Cielos! los traidores la han fingido.

—¿La han fingido, señora?

—Para perdersos, sí.

—¿No es vuestra? ¡Crédulo yo, insensato! ¡Cierto es, pues, lo que Jaime asegura!

—Todo, sí, todo es cierto, huid; no os quiero ver: os aborrezco.

—¿Me aborrecéis? Pues bien, nos perderán. Ya su triunfo es completo. ¡Pérfida!—añadió después de haberla contemplado un momento.

—¿De esta suerte pagáis mi generosidad? Tres años de silencio. Hablo, por fin, hablo, para ofreceros más generosidad, mayor sigilo aún, amor más grande, ¡y no os ocurren en pago sino pérfidos medios de engañarme! Sed noble, señora, hasta en la perfidia misma. Medios hay aún de ser noblemente malo. ¿Sois veleidosa? ¿Por qué no me decís: «¡Macías, soy mujer! ¡Plúgome vuestro amor, mas hoy me cansa! No es para mí, que es hartamente grande.» Yo agradecería vuestra nobleza entonces.

—Acabemos, Macías: no más reconveniones, no. Idos, y nunca más volváis. Toda comunicación, todo vínculo es roto entre nosotros. Si prendas teníais de mi amor, si insistís en creer que mis ojos, mi lengua, mis acciones os prometieron algo, en buen hora, creedlo, devolvedme, empero, mi libertad...

—¿Qué os la devuelva, señora? Volvedme vos la dicha, volvedme la confianza.

—¡Qué suplicio! por piedad, partid.

—¿Partir? ¡Qué delirio! Mi vida hoy, ó mi muerte. No os creo ya: nada espero de vos. Todo de mí. Oídmelo.

—Soltad mi mano.

—No, sois mía, y lo seréis.

—¿Y ese es amor tan grande? ¿Me amáis vos, y me amáis comprometiendo mi honor y mi existencia?

—Sí, porque tú y yo no somos ya más que uno. Los dos felices, ó desgraciados ambos. Uníonos el amor: la muerte sola nos separará. Volved los ojos hacia mí, volvedlos: inútil es retirarlos: me veis, me veis donde quiera que los volváis: cerradlos, y aun me veréis. Decidme que me amáis. Mentid, señora, si no es cierto: decidlo empero por piedad, y salgo.

—Jamás, jamás,—profirió débilmente Elvira, procurando en vano desasirse de los amantes lazos en que la tenía presa el impetuoso doncel.

—¿Jamás decís? Pues escuchadme,—repuso Macías con el acento de la más profunda desesperación.—Yo había nacido para la virtud. Vos me consagráis al crimen. No hay sacrificio inmenso de que no fuera mi corazón capaz, ó por mejor decir, el amor era mi constelación. Encontrando en el mundo una mujer heroica, era mi destino ser un héroe. Encontrando una mujer pérfida, Macías debía ser un monstruo. Yo os dí á elegir, señora. Nuestra felicidad y el secreto y cuanto vos exigieseis, ó el escándalo y mi muerte. Vos elegisteis lo peor. Escrito estaba así. ¡Muerte y fatalidad!

—¡Ah! silencio, silencio. No me maldigas ya: ¡desventurada!

—Sí: todo es ya acabado entre nosotros. Nuestra felicidad ha sido una borrasca; formada como el rayo en la región del fuego, debía destruir cuanto tocara. Ha pasado como el rayo, pero como el rayo ha dejado la horrible huella de su funesto paso. Tu amor, tu amor, ¿quién lo creyera? era el único que no debía dejar más señales de su existencia en tu corazón de hielo, que las que deja el ave que atraviesa rápidamente el cielo, que las que deja sobre tu labio abrasador este ósculo de muerte, que recibes, bien mío, á tu pesar.

—¡Ah!—exclamó Elvira, reluchando inútilmente;—soy perdida, perdida para siempre.

—Y mil y mil,—añadió frenético Macías,—prendas son todos de nuestra próxima muerte. Ellos son, Elvira, la agonía del amor. ¿No sientes el fuego inmenso que encienden en las venas? ¿No percibes el tósigo? Bórralos jamás, olvídalos si puedes, y olvídalos después. Venga la muerte ahora,—añadió desasiendo á la infeliz Elvira, que, perdidos los ojos en el techo y pálido el semblante, cayó desprendida del doncel sobre el sitio inmediato.

Un momento de pausa y de silencio, semejante al que llena de misterioso terror al caminante después del fragoroso estampido de la exhalación eléctrica, sucedió á las últimas palabras del doncel. Arrodillado á las plantas de Elvira, imprimía todavía en una de sus manos, hermosas como el alabastro, sus trémulos labios; no lloraba ya Elvira, no derramaba una lágrima Macías. En las grandes situaciones de la vida no halla salida el llanto. La inmovilidad del mármol, el estupor de la postración, son los caracteres de las emociones sublimes. El silencio entonces es elocuente, porque no hay palabras en ninguna lengua ni sonidos en la naturaleza

que pinten el amor en su apogeo, que expliquen el dolor en toda su intensidad.

—¡Elvira!—dijo por fin Macías.—¡Cuán desgraciados somos!

—Partid, partid,—profirió con trabajo Elvira.—¡No queráis, señor, que lo seamos aún más! Esta es la última vez que nos veremos.

—¡La última! sí: porque la muerte llega.

—¡Ah! no; no lo esperéis. Ya todo se ha concluido entre nosotros: ahora es cuando os lo digo, sabedlo; os he querido, señor, os he querido, como nadie volverá á querer. Salvadme ahora, después de esta confesión.

—¡Ah, lo decís por fin! tiempo es aún... Decid que ahora me queréis, y huyamos. Pero huyamos los dos.

—No es tiempo ya, no es tiempo. Sed generoso vos ahora: no apure el vaso yo del crimen y del deshonor. Nunca ya nos hablaremos, Macías...

—¿Nunca, señora?

—Desistid... ¡por Dios!

—Os juro que no desistiré.

—Ved que los asesinos se acercan acaso ahora... ¡Ah! no me hagáis aborrecer la vida; no me obliguéis á maldeciros.

—Sí: maldíceme ahora... mas ¿qué rumor...?

—¡Ellos son, ellos son!—gritó Elvira, precipitándose hacia la puerta.—¡Los traidores!

Oyóse efectivamente ruido de armas y personas al pie de la reja.

—¡La puerta está cerrada,—gritó Elvira,—y él solo puede entrar!

—Dime que me amas,—exclamó Macías;—decidete, en fin, señora, á participar de mi suerte; dime que siempre me amarás; y mi espada aun nos abrirá paso al través de los pérfidos asesinos.

—No, no, Macías: no muera deshonrada,—gritó Elvira sin saber adónde refugiarse.—¡Dios mío! compasión. ¡Dios mío! Salvaos solo, Macías.

—Contigo, Elvira.

—Jamás,—repuso Elvira abrazándose á un alto crucifijo de plata que sobre una mesa lucía.—El cielo maldice vuestro amor y... yo...

—¡Silencio! Por última vez. Ved, señora, que algún día diréis *es tarde, es tarde*, y diréislo entonces con dolor. Ahora que es tiempo todavía...

—No, Macías, no; yo le maldigo nuestro amor.

—Elvira, pues, adiós. Mi muerte es tuya, como fué mi vida.

Al decir estas palabras Macías cogió su espada, y poniéndola rápidamente sobre su rodilla, partióla en dos desiguales trozos, que después de abrir de par en par las maderas de la ventana lanzó contra los que ya trepaban por la reja.

—¡Hernán Pérez!—gritó.—¡Hernán Pérez! Heme aquí sin defensa. La muerte os pido, la muerte.

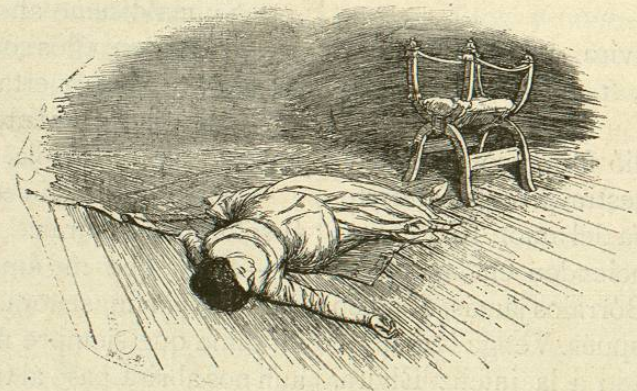
—¡Macías!—exclamó Elvira desasiéndose del crucifijo, y arrojándose hacia la ventana. Era tarde, empero. Macías se había lanzado ya fuera de la reja.

—¡Es nuestro! ¡es nuestro! retirarnos: ¡basta! —clamaron á un tiempo varias voces.

—¡Ah!—gritó Elvira con una expresión difícil de pintar.—¡Socorro! ¡Socorro!

Al mismo tiempo sonó la llave en la puerta. —¡El es, él es!—gritó Elvira.—¡Santo Dios! ¡Piedad de mí, piedad!

Un chillido agudo y espantoso terminó tan horrorosa escena. El que entró se dirigió hacia la reja, mirando en derredor, y nada descubrió. Tendió en seguida la vista por la habitación, y sólo vió en el suelo el cuerpo de una hermosa privada enteramente de sentido.



CAPÍTULO TRIGESIMOSEGUNDO

En Castilla está un castillo
Que se llama Rocafriada:
Tanto relumbra de noche
Como el sol á medio día.

Rom. de Montesinos.

Existe á cinco leguas de Jaen una población pequeña ahora, y pequeña en los tiempos á que se refiere nuestra narración, que tiene por nombre Arjonilla, ora por haber sido fundación de algunos habitantes salidos de Arjona, ora por su inmediación á ésta ó por las relaciones que con ella pudo tener en lo antiguo. Pertenecía esta villa al maestrazgo de Calatrava, y era una de las primeras que se habían declarado por don Enrique de Villena, á causa de la influencia que le daban á éste en aquel punto varias posesiones que en su territorio tenía. En el siglo xv presentaba el aspecto que aun en el día suelen presentar muchos pueblos de nuestra patria. Algunas casas que, más que viviendas de hombres, parecían cuevas de animales, esparcidas aquí y allí, formaban irregulares callejones. No era, sin embargo, tan pequeña su importancia que tuviesen que acudir sus habitantes á algún pueblo vecino de mayor cuantía para cumplir con sus deberes espirituales. Poseía una iglesia parroquial, no muy grande en verdad, pero que no dejaba por eso de bastar para su reducido vecindario, y que se hallaba bajo la protección y advocación de Santa Catalina. En el día será todo lo más si puede traslucirse su antigua grandeza en los restos míseros que la constituyen en la humilde jerarquía de ermita; pero en el reinado de Enrique III, nos dice Jimena en sus anales eclesiásticos de Jaen, no sólo era la iglesia parroquial, sino que era una obra moderna que no tenía más fecha que los años que hacía que había sido reconquistado aquel país á los moros.

A cosa de un cuarto de legua del pueblo, rivalizaba en grandeza con la iglesia parroquial un castillo sombrío y viejo, que si no era de los más fuertes y afamados de Castilla, no dejaba por eso de ser sólido y una de las posiciones militares más ventajosas de la comarca. Edifica-

do como todos los de aquel tiempo, en una eminencia, mejor diremos en la punta de una peña, podía servir de reducto á un tercio militar en retirada, ó de baluarte á un destacamento avanzado de un ejército invasor. Tenía su doble muralla almenada, torres, foso, contrafoso, puente levadizo, en una palabra, cuanto hacía necesario en semejantes edificios la táctica militar de ataque y defensa de aquella época belicosa, y de perpetuo temor y desconfianza. Crecía la yerba tranquilamente en derredor de las almenas, prueba evidente de que había mucho tiempo que no oponían obstáculos las artes de la guerra á su abundante vegetación. Un largo litigio que sobre la pertenencia del tal castillo había sostenido contra la corona de Castilla la orden de Calatrava, había sido ocasión de hallarse inhabitado algunos años, y se habían adherido á él, como en aquellos tiempos de ignorancia solía frecuentemente suceder, mil vagás tradiciones, mil supersticiones fabulosas, que habían consolidado algunos malhechores, cobijándose en él secretamente y haciéndole cuartel general y centro de sus operaciones. Era fama por el país que, en tiempos anteriores, un moro, mago, si jamás los hubo, había sido fundador del castillo, cuya construcción se perdía en los tiempos remotos de la conquista y reconquista; opinión á que no daba poco realce el color negruzco de la piedra y el aspecto todo venerable y misterioso de sus antiquísimas murallas. El mago había construido el castillo, según la más recibida opinión, para satisfacción de odios y rencores propios suyos: en él había atormentado durante su vida á muchas hermosas doncellas que no habían querido rendirse á sus brutales deseos, pues todas las tradiciones convenían en que éste había sido el flaco del moro encantador y descomunal. Añadíase á esto que no había faltado razón para ello, pues se refería de